

EL TUNEL DE LA AMISTAD (J.R.)

Aquel túnel parecía no tener fin, pero sólo lo parecía. Un kilómetro y medio en una oscuridad solo rota por la linterna de Arturo, convertía aquel trayecto en un divertido juego. Sí, juego, donde la oscuridad y los ¡sustos! hacían que no parásemos de reír y bromear y claro, nuestro paso entre tanta carcajada era lento.

Los charcos y goteras aumentaban nuestras bromas y hacían el paso aún más lento todavía. Al fin y al cabo, no tenía importancia el tiempo, estábamos allí porque queríamos pasar un buen rato y el túnel era la puerta de acceso a un pueblecito encantador, con un valle igualmente encantador.

Al fin llegamos a la salida, la vista era preciosa, las montañas se recortaban sobre el azul del cielo, sus faldas cubiertas de robles, arces y alcornoques, era toda una invitación al paseo tranquilo, aceptamos la invitación.

Pronto nos encontramos sobre un enorme puente convertido en vía verde, restos de un ferrocarril de aquellos antiguos de vía estrecha ya en desuso. Desde el puente, el río que cruzaba se asemejaba a un pequeño riachuelo pues la altura era considerable...

Preparamos todo el equipo, aseguramos las cuerdas, los arneses y demás y nos dispusimos a dar el gran salto. Como era costumbre no nos poníamos de acuerdo en quien debería dar el salto en primer lugar, así que recurrimos a la lógica; saltaría primero el mas experimentado; con la emoción nos dio la “risa tonta”, esa risa que no parece venir a cuento y encierra un nerviosismo creciente, así que entre risas empezamos a saltar uno detrás de otro. Cada cual con su propio estilo, incluso Arturo con el “salto del angel”. Los gritos de emoción en la caída libre, atrajeron a algunos curiosos, unos comprendían nuestra hazaña y otros nos tachaban de díscolos, sin conocimiento. La aventura no acababa allí. Una vez que la cuerda quedaba tensada, bajábamos al compañero que colgaba de ella hasta el río, así lo hicimos todos. El último lanzó el equipo necesario para descender al caudaloso río en barcas hinchables tipo “zodiac”, por llamarlas de alguna manera y uno de los curiosos soltó la cuerda por la que nos habíamos arrojado al vacío que en realidad no era tan vacío...

Nuestra adrenalina había tenido ya bastante pero no era cuestión de dejar nuestra aventura a medias, así que nos equipamos esta vez para el descenso por el río y, de nuevo, nos partíamos de risa intentando controlar aquellas balsas antiguas del ejército que habíamos conseguido por “cuatro perras” en un rastro.

Cumplimos nuestro objetivo, descargar el estrés acumulado de toda una semana de trabajo, disfrutar, reír y fomentar la camaradería y allí estábamos de nuevo a la salida del túnel que ahora era la entrada de un túnel de kilómetro y medio lleno de charcos y ecos de risas...